

RELATO DE FIGAFETTA SOBRE EL VIAGE DE
MAGALLANES.

(*Conclusion.*)

El sábado, que era día de Santo Tomás, el rey de Tidore nos envió á dos pilotos que habíamos pagado de antemano para que nos condujesen fuera de las islas. Dijéronnos que el tiempo era excelente y que debíamos aprovecharlo, partiendo al momento, pero estábamos esperando las cartas de nuestros compañeros para España y no pudimos partir hasta mediodía. Entonces se despidieron mutuamente las naos con una salva de artillería: nuestros compañeros nos siguieron tan lejos como pudieron en su lancha, y al fin nos separamos llorando todos. Juan Carvallo se quedó en Tidore con cincuenta y tres europeos. Nuestra tripulación se componía de cuarenta y siete europeos y trece indios.

El gobernador ó ministro del rey de Tidore vino con nosotros hasta la isla de Mare, adonde apenas que llegamos vinieron cuatro canoas llenas de leña que cargamos inmediatamente á bordo.

Todas las islas Molucas producen clavillo, gengibre, sagú (del cual se hace el pan), arroz, nueces de coco, higos, plátanos, almendras mayores que las nuestras, granadas dulces y ácidas, cañas de azúcar, melones, pepinos, calabazas, una especie de fruto muy refrigerante parecido á la sandía, y *guayabas*. Hay también aceite de coco y de gengibre y muchos vegetales buenos para comer. El reino animal se compone de cabras, gallinas, una especie de abeja mas gruesa que la hormiga, que hace su panal de miel muy buena, en el tronco de los árboles; los papagayos son muy variados, pero los blancos, llamados *catara*, y los encarnados que llaman *novi*, son los mas apreciados á causa de su hermosura y de la facilidad con que pronuncian todos los vocablos que se les enseñan. Un papagayo de estos, se vende á un bahar de clavillo.

Apenas hace cincuenta años que los moros han conquistado y habitan las islas Molucas, adonde han llevado su religion. Antes de la conquista de los moros, solo habia allí gentes que no se ocupaban de los claveros y que se hallan hoy día retirados en las montañas.

La isla de Tidore está á 27 minutos de latitud septentrional y á 161 grados de longitud de la línea de demarcación. Dista 9° 30' de la primera isla de este archipiélago, llamada Zamal, al sudeste cuarto sud.

La isla de Terrenate está á 40 minutos de latitud septentrional.

Mutir se halla exactamente bajo la línea equinocial.

Machian está á 15 minutos de latitud sud.

Bachian, al 1.^{er} grado de la misma latitud.

Terrenate, Tidore, Mutir y Bachian tienen montañas altas y piramidales donde crece el clavero.

Continuando nuestra derrota, pasamos por

medio de muchas islas cuyos nombres son los siguientes: Caioan, Laigoma, Sico, Giogi, Cafí, Laboan, Toliman, Titameti, Latalata, Jabobi, Mata y Batutiga. Se nos dijo que en la isla de Cafí, conquistada por el rey de Tidore, son los hombres pequeños como pigmeos.

Pasamos al oeste de Batutiga y tomamos la dirección de oeste sudoeste. Vimos al sud muchos islotes, y los pilotos moluqueses nos dijeron que era necesario fondear en algun puerto para no encallar durante la noche. Dirigímonos, pues, al sudeste, y fondeamos en una isla situada á 3 grados de latitud sud y á 35 leguas de distancia de Tidore.

Esta isla se llama Salach. Sus habitantes son gentiles, no tienen rey, van casi desnudos, y son antropófagos. Cerca de allí hay otras islas cuyos pueblos comen también carne humana. Hé aquí los nombres de algunas: Silan, Noselao, Biga, Atulabaon, Leitimor, Tene-tum, Gonda, Kaiabruru, Manadan y Benaía.

Costeamos despues las islas de Lamatola y Tenetum.

Habiendo recorrido 10 leguas en la misma dirección de Sulach, fondeamos en una gran isla llamada Buru, donde hallamos víveres en abundancia, es decir, los mismos animales y frutos que en Tidore, y una fruta además llamada *chicare* ó *nanga*, parecida á la sandía, pero con la corteza cubierta de nudos, y el interior lleno de pepitas coloradas muy semejantes á las del melon.

Hallamos también un fruto nuevo que tiene la forma exterior de una piña, pero de color amarillo, lo interior es blanco y algo semejante al de la pera; es tierno y de un gusto exquisito, se llama *comilicai*.

Los habitantes de esta isla no tienen rey; son gentiles, y van desnudos como los de Sulach. La isla de Buru está á los 3° 30' de latitud meridional y á 75 leguas de distancia de las islas Molucas.

A diez leguas al este de Buru, hay una gran isla que confina con Giloco y se llama Ambon; está habitada por moros y gentiles; los primeros habitan cerca del mar, y los segundos en lo interior de las tierras: estos últimos son antropófagos. Las producciones de esta isla son las mismas que las de Buru.

Entre Buru y Ambon se hallan tres islas rodeadas de hondonadas, Vudia, Kailaruru y Benaía. A cuatro leguas al sud de Buru se halla la isleta de Ambulao (hoy día Amblau.)

A 35 leguas de Buru, hácia el sudoeste cuarto sud, está la isla de Bandan con trece otras mas. En seis de estas islas se encuentra el macis y la nuez moscada. La mayor se llama Zoroboa; las pequeñas son Chelicel, Sanianampi, Pulai, Puluru y Rasonguin. Las siete otras son Univeur, Pulan, Baracan, Lailaca, Mamican, Man y Meut. En estas islas no se cultiva más que el sagú, arroz, cocos, plátanos y otros frutos. Están muy cercanas unas de otras, y habitadas todas por moros

sin rey alguno. Banda está á 6 grados de latitud meridional y á 163° 36' de longitud de la línea de demarcacion. Como estaba fuera de nuestra derrota, no fuimos allí.

Yendo de Buru al sudoeste cuarto este, despues de haber recorrido 8 grados de latitud, llegamos á tres islas, bastante cercanas unas de otras, llamadas Zalot, Nocemamor y Galian. Mientras navegábamos por medio de ellas, experimentamos un temporal que nos hizo temer por nuestra vida, y prometimos hacer una peregrinacion á Nuestra Señora de la Guia si teníamos la dicha de salvarnos. Pudimos arribar á una isla bastante elevada, que se llama Mallua, donde fondeamos, pero antes de llegar tuvimos que luchar largo tiempo contra las corrientes y las ráfagas.

Los habitantes de esta última isla son tan salvajes que mas parecen animales que hombres; son antropófagos y van casi desnudos. Cuando van á batirse se cubren el pecho, la espalda y los costados con corazas de pellejo de búfalo; por delante y por detrás se atan colas de cabra. Envuelven sus barbas en unas hojas que arrollan y meten luego en unos canutos de caña, moda que nos hizo reir mucho. Son, en una palabra, los hombres mas feos que hemos hallado en todo nuestro largo viaje.

Tienen sacos hechos con hojas de árboles en los cuales meten sus provisiones. Sus arcos y flechas están hechos con cañas. En cuanto nos vieron sus mujeres, corrieron hácia nosotros con el arco en la mano y en actitud amenazante, pero así que recibieron algunos presentes nos hicimos amigos.

Pasamos quince dias en aquella isla para recorrer los costados de la nao que se habian averiado durante la tempestad y hallamos en ella cabras, gallinas, pescado, nueces de coco, cera y pimienta. Por una libra de hierro viejo, nos dieron quince libras de cera.

Hay dos especies de pimienta la larga y la redonda. Los frutos de la pimienta larga se parecen á las flores del avellano; la planta tiene hasta cierto punto el aspecto de la yedra, y se agarra como esta á los troncos de los árboles; pero sus hojas son semejantes á las de la morera. Esta pimienta se llama *luli*. La pimienta redonda crece del mismo modo, pero sus frutos forman espiga como los del maiz; esta se llama *lada*. Los campos están cubiertos de árboles de la pimienta.

Tomamos de Mallua á un hombre que se encargó de llevarnos á una isla adonde habia gran abundancia de víveres. La isla de Mallua está á 8° 30' de latitud meridional y á 169° 40' de longitud de la línea de demarcacion.

Nuestro viejo piloto maluco nos contó que hay en aquellos mares una isla llamada Arucheto, cuyos habitantes, hombres y mujeres no son mas grandes que del codo á la mano, con las orejas tan largas como el resto del cuerpo, de modo que cuando se acuestan, una les sirve de colchon y la otra de manta.

Van pelados y desnudos; su voz es chillona, y corren con mucha agilidad. Habitan debajo de tierra, y no viven mas que de pescado y de una especie de fruto que hallan entre la corteza y la parte leñosa de un árbol. Este fruto es blanco y redondo, y se llama *ambulon*. De buena gana nos hubiéramos transportado á esa isla, si los numerosos bajos que allí habia no nos lo hubiesen impedido.

El sábado 25 de enero partimos de la isla de Mallua, y despues de haber andado 5 leguas hácia el sud sudoeste, llegamos á una isla muy grande llamada Timor. Fuí solo á tierra para tratar con el gefe de la aldea que se llamaba Amaban, á fin de obtener algunos víveres. Me presentó búfalo, cerdos y cabras, pero cuando se trató de designar definitivamente las mercancías que quería en cambio, no pudimos caer de acuerdo, por ser muy grandes sus pretensiones y nosotros teníamos muy poco que dar. Tomamos entonces la determinacion de detener á bordo al gefe de otra aldea, llamado Balibo, que vino á visitarnos de buena fé con su hijo. Dijémosle que si quería recobrar la libertad, debía proporcionarnos seis búfalos, diez cerdos y otras tantas cabras. Este hombre, que temía por su vida, dió orden para que se nos entregase inmediatamente lo que le pedíamos, y así se efectuó. Por nuestra parte, al devolverle la libertad le regalamos telas, un paño indio con tejidos de seda, hachas, cuchillos indios, espejitos, y se marchó, al parecer, muy satisfecho de nosotros.

El gefe Amaban, á quien fuí yo á visitar, no tenia á su servicio mas que mujeres desnudas, con anillos y pendientes como todas las mujeres de aquellas islas. Los hombres van igualmente desnudos, con el cuello guarnecido de placas de oro, peines hechos de caña, en los cabellos, y pendientes de oro.

El sándalo blanco no se encuentra mas que en aquella isla. Las provisiones son búfalos, cerdos, cabras, gallinas, papagayos, arroz, gengibre, plátanos, cañas de azúcar, naranjas, limones, almendras, habichuelas y cera.

Fondeamos en la parte de la isla donde habia algunas aldeas habitadas por sus gefes. En otra parte de la isla se hallaban las habitaciones de cuatro hermanos que eran reyes; estos caseríos se llaman Oibich, Lichsana, Suai, Cabanaza. El primero es el mas considerable. Dijéronnos que una montaña que hay cerca de Cabanaza produce mucho oro, y que los habitantes compran con los granos de este metal todo cuanto necesitan. Los isleños de Java y Malaca hacen todo el comercio de cera y sándalo. Tambien vimos un junco de Lazon que estaba cargando sándalo.

Aquellos pueblos son gentiles. Dijéronnos que cuando iban á cortar el sándalo se les aparecía el demonio bajo diferentes formas, y les preguntaba con mucha urbanidad si necesitaban algo; esto les asustaba tanto que

caían enfermos durante algunos dias. Cortan el sándalo durante ciertas fases de la luna, pues fuera de estas épocas no sería bueno. Las mercancías mas à propósito para cambiar con el sándalo son el paño encarnado, la tela, hachas, clavos y hierro.

La isla está enteramente poblada; se estiende mucho del este al oeste, pero es muy estrecha de norte à sud. Su latitud meridional es de 10 grados, y su longitud de la línea de demarcacion, de 170° 30'.

En todas las islas de este archipiélago que visitamos, reina la enfermedad de San Job, llamada allí *for franchi*.

Al oeste noroeste de Timor, se halla, segun nos dijeron, una isla llamada Ende, distante una jornada de allí, donde hay mucha canela. Sus habitantes son gentiles y no tienen rey. Cerca de allí hay una cadena de islas hasta Java Mayor y el cabo de Malaca. Hé aquí sus nombres: Ende, Tanabuton, Crenonchile, Birmacore, Azanaran, Main, Zubava, Lumboch, Chorum y Java Mayor, que los habitantes llaman Jaoa.

Las mayores aldeas del país están en la isla de Java; la principal se llama Magepaher, es muy rica en pimienta, y su rey cuando vivia, era reputado por el mayor monarca de todas aquellas islas. Las demás islas son Dahadama, Gagiamada, Minutarangan, Ciparafidain, Tubancresi y Cirubaya. A media legua de Java Mayor están las islas de Bali, llamada Java Menor, y Madura; estas dos últimas son iguales en estension.

Dijéronnos que es costumbre en Java el quemar el cadáver de las personas notables y la mujer que fué mas amada del difunto, está destinada à ser quemada viva en la misma hoguera. Antes de hacer tan horrible sacrificio, se pasea la víctima por la ciudad, adornada con guirnaldas de flores, y con semblante risueño y tranquilo, dice à sus inconsolables padres: «Voy esta noche à cenar y descansar con mi marido.» Cuando llega à la hoguera, les consuela de nuevo y se arroja à las llamas. La mujer que se resiste à sacrificarse así no es considerada como una mujer de bien ni como una buena esposa.

Tambien nos dijeron que en una isla llamada Ooloro, mas abajo de Java, no hay mas que mujeres. Cuando nace un niño le matan, y si algun hombre se atreve à penetrar allí paga con la vida su osadía.

Contáronnos además otros cuentos. Al norte de Java Mayor, en el golfo de China, llamado por los antiguos *Sinus Magnus*, existe, segun decían, un gran árbol cuyo monbre le *campaganghi*, donde van à guarecerse ciertos pájaros que se llaman *garuda*, los cuales son tan fuertes que levantan un búfalo y hasta un elefante, y le trasportan por el aire al paraje del árbol llamado *puzathaer*. El *buapanganghi*, que es el fruto del árbol, es grueso como una sandía. Los moros de

Borneo nos dijeron que habian visto à dos de esos pájaros que su rey habia recibido del rey de Siam. No es posible acercarse à esos árboles, à causa de los remolinos que forma el mar hasta una distancia de 3 à 4 leguas, pero nos dijeron que habian sabido todo lo concerniente à este árbol del modo siguiente: Los remolinos llevaron à un junco hasta el pié del árbol, adonde naufragó. Todos los hombres perecieron, menos un niño que se salvó por milagro en una tabla; este niño se asió al árbol, subió à él, y se escondió bajo el ala de uno de aquellos pájaros sin que se le notase. Al siguiente dia, el pájaro se fué à tierra à arrebatarse un búfalo, y el niño, siempre cobijado bajo el ala del ave, salió de su escondrijo en cuanto llegó à tierra, y se escapó. Por este medio se supo la historia de los pájaros, y de donde procedian los frutos que con tanta frecuencia se encontraban en el mar.

El cabo de Malaca está à 1° 30' de latitud sud. Al este de este cabo hay muchas poblaciones cuyos nombres son los siguientes: Cingapola, que está en el cabo mismo; Pahan, Calantan, Patani, Bradlini, Benan, Lagon, Cheregigharan, Trombon, Joran, Ciu, Brabi, Banga, India (residencia del rey de Siam), Jundibun, Laun y Langonpifa. Todas estas poblaciones están construidas como las nuestras y sometidas al rey de Siam.

Dicen los habitantes que en la orilla de un rio de aquel reino, hay unos pájaros que no se alimentan mas que de cadáveres, pero no se acercan à ellos si otro pájaro no les ha arrancado de antemano el corazón.

Mas allá de Siam, se halla Camogia (Cambodje); su rey se llama Saret-Zarabedera. Despues Chiempa, cuyo rey es rajah Brahami-Martu. En este último país es donde crece el ruibarbo, el cual se recoje del modo siguiente: Una compañía de veinte à veinte y cinco hombres van juntos al bosque, donde pasan la noche en las ramas de los árboles, no solo para guardarse de los leones y demás fieras, sino para percibir mejor el olor del ruibarbo transmitido por el viento. A la mañana siguiente, se dirijen hácia el paraje de donde venia el olor, y buscan el ruibarbo hasta que lo encuentran. Es el ruibarbo la madera enmohecida de un gran árbol que con la putrefaccion adquiere su fragancia. La mejor parte del árbol es la raiz, si bien el tronco, llamado *calama*, tiene la misma virtud medicinal.

Viene despues el reino de Cochi, y luego la grande China, cuyo rey es el príncipe mas poderoso de la tierra: su nombre es Santoa-Rajah. Setenta reyes coronados dependen de él, y cada uno de estos reyes tiene diez ó quince que, à su vez, dependen de él. El puerto de este reino se llama Guantan, y entre sus innumerables ciudades hay dos que son las principales, Nankin y Comlaha; el rey reside

en esta última. Cerca de su palacio tiene á cuatro ministros, que son los principales del imperio, ante las cuatro fachadas que miran á los cuatro puntos cardinales; cada uno da audiencia á todos los que llegan por el punto que le corresponde. Todos los reyes y señores de la India mayor y superior, están obligados á conservar, como una muestra de deferencia, en medio de una plaza, la estatua de mármol de un animal mas fuerte que el leon, llamado *chinga*, el cual se halla tambien grabado en el sello real; todos los que quieren entrar en su puerto están obligados á llevar en la embarcacion, la misma figura en cera ó marfil. Si algun magnate de su reino se niega á obedecerle, se le degüella vivo, se le arranca la piel, se seca esta, se la rellena con paja, y se coloca el busto, disecado así, en medio de la plaza con la cabeza baja y las manos atadas por encima de esta, en ademan de hacer, *zongu*, es decir, la reverencia al rey. Este soberano es invisible para el público, y cuando él quiere ver á los suyos, se hace llevar en un pavo real, hecho con mucho arte y muy adornado, acompañado de seis mujeres vestidas enteramente como él, de modo que no se le puede distinguir de ellas. Despues se coloca en el centro de una lujosa serpiente llamada *naga*, la cual tiene un cristal en medio del pecho, por donde vé á todos sin ser visto de nadie. Se casa con sus hermanas para no mezclar la sangre real. Rodean á su palacio siete murallas, y todos los dias entran en cada recinto 10,000 hombres de guardia que se relevan todas las doce horas. Cada recinto tiene una puerta y cada puerta su guardia. En la primera hay un hombre con un gran látigo en la mano, en la segunda un perro, en la tercera un hombre con una porra de hierro, en la cuarta un flechero, en la quinta un lancero, en la sexta un leon, y en la séptima dos elefantes blancos. Su palacio tiene 79 salas, donde no hay mas que mujeres, para el servicio del rey, y alumbradas artificialmente noche y dia. Se necesita á lo menos un dia para dar la vuelta al palacio. En un extremo del palacio hay cuatro salas donde los ministros van á hablar al rey. El suelo, bóveda y paredes de una de estas salas están adornados todos con bronce; en la segunda, todos los adornos son de plata; en la tercera, de oro; en la cuarta, de perlas y piedras preciosas. Todo el oro y demás riquezas que se pagan por tributo al rey, se depositan en aquellas salas.

Nada de lo que acabo de contar he visto, pero lo repito segun me lo ha referido un moro, quien me ha asegurado ser cierto.

Los chinos son blancos y van vestidos; comen en mesas como nosotros. En su país hay cruces, pero ignoro el uso que hacen de ellas.

El almizcle viene de China, y el animal que lo produce es una especie de gato de

algália que no se alimenta mas que de una madera dulce, gruesa como el dedo, llamada *chamuru*. Para sacarle el almizcle se le pone una sanguijuela y cuando esta se halla llena, la matan y estraen la sangre que dejan secar al sol, en un plato, durante tres ó cuatro dias. Todo el que cría uno de estos animales, debe pagar un tributo. Los granos del almizcle que se llevan á Europa no son mas que pedacitos de carne de gamo bañados en el verdadero almizcle. El gato que produce el almizcle se llama *castor*, y la sanguijuela lleva el nombre de *linta*.

Siguiendo la costa de China, se encuentran varios pueblos, á saber, los Chiencis, que habitan las islas donde se pescan las perlas y donde tambien hay canela. Los lecchiis habitan la tierra firme cerca de aquellas islas: la entrada de su puerto está atravesada por una gran montaña, lo cual es causa que es menester desmantelar todos los juncos y las naves que quieran entrar en él. El rey de aquel país se llama Moni y depende del de China, pero á su vez, tiene veinte y tres soberanos que obedecen á sus órdenes. Su capital es Baranaci.

Han, es una isla alta y fria, donde hay cobre, plata y seda; rajah Zotru es el rey. Mili, Jaula y Gnio son tres países del continente, bastante frios. Friangonla y Frianga son dos islas de las que se saca cobre, perlas, plata y seda. Bassi es una tierra baja del continente. Sumbdit-Pradit es una isla muy rica en oro, cuyos habitantes llevan un gran anillo de este metal en el tobillo. Las montañas vecinas están pobladas por habitantes que matan á sus padres, cuando llegan á cierta edad, para ahorrarles los achaques de la vejez. Todos estos pueblos son gentiles.

El martes 11 de febrero, por la noche, salimos de la isla de Timor y entramos en el gran mar llamado *Laut-Chidol*. Dejamos á un lado, hácia el norte, la isla de Sumatra llamada antiguamente Taprobana, al Pegú, Bengala, Uriza, Chelim, donde están los malayos súbditos del rey de Narsinga, Calicut, Cambaya, Cananor, Goa, Armús y toda la India mayor.

Hay en este reino seis clases de personas, á saber: los *nairi*, *panicali*, *franai*, *pangelini*, *macuai* y *poleai*. Los *nairi* son los magnates ó gefes, los *panicali* son los ciudadanos, los *franai* cosechan el vino de palmera y las bananas, los *macuai* son pescadores, los *pangelini* son marinos, y los *poleai* siembran y recojen el arroz. Estos últimos habitan siempre en los campos y no entran jamás en la ciudad. Cuando se les quiere dar algo, se les tira al suelo y ellos lo recojen; nadie se roza con ellos, y en los caminos públicos van gritando siempre. *Po, po, po*, esto es: «Guardaos de mí.» Se nos contó que un *poleai* habiendo tocado involuntariamente á un *nairi*, este último se suicidó para no sobrevivir á tal infamia.

Para doblar el cabo de Buena Esperanza, subimos hasta 42 grados de latitud sud, y tuvimos que permanecer nueve semanas delante de este cabo con las velas amainadas, á causa de los vientos de oeste y de noroeste que constantemente tuvimos y acabaron por traer una horrorosa tempestad. El cabo de Buena Esperanza está á 34° 30' de latitud meridional y á 1,600 leguas de distancia del cabo Malaca. Es el mayor y mas peligroso que se conoce.

Algunos de entre nosotros, sobre todo los enfermos, hubieran querido tomar tierra en Mozambique, donde hay un establecimiento portugués; nuestra nao empezaba á hacer agua en el casco, el frio que experimentábamos era muy vivo, y por único alimento teníamos solo un poco de agua y arroz. Pero á pesar de todos estos inconvenientes, la mayor parte de la tripulacion tuvo el honor en mas aprecio que la vida, y resolvimos arrostrarlo todo para regresar á España.

En fin, el 6 de mayo, doblamos, con la ayuda de Dios, aquel terrible cabo, pero tuvimos que acercarnos á una distancia de cinco leguas, sin lo cual no lo hubiéramos pasado.

Corrimos en seguida hácia el nordeste durante dos meses enteros, sin tener un momento de sosiego, y durante este intervalo perdimos á veinte y un hombres entre cristianos é indios. Al arrojarlos al mar hicimos una observacion curiosa, y es que los cadáveres de los cristianos se quedaban con la faz vuelta al cielo, mientras que los de los indios la tenian metida en el agua.

Carecíamos totalmente de víveres, y si Dios no nos hubiese enviado un tiempo favorable, habríamos muerto de hambre. El miércoles 9 de julio, descubrimos las islas de cabo Verde, y fuimos á fondear á la que lleva el nombre de Santiago.

Como sabíamos que nos hallábamos en tierra enemiga y que no se dejaria de concebir sospechas contra nosotros, tuvimos la precaucion de mandar á decir, por medio de los que tripulaban la lancha que enviamos á tierra, para hacer provision de víveres, que nuestra arribada á aquel puerto era forzosa á causa de habérsenos roto nuestro mástil de trinquete, al pasar la línea equinocial, y no teníamos bastante gente para componerlo; añadimos que el capitan general habia continuado su rumbo hácia España con dos naos más. En fin, les hablamos de modo que creyesen que veníamos de las costas de América y no del cabo de Buena Esperanza. Ellos lo creyeron así, y nos enviaron dos veces la lancha llena de arroz en cambio de nuestras mercancías.

Preguntamos á los de tierra que dia de la semana teníamos, para ver si habíamos seguido con exactitud nuestro diario. Respondiéronnos que jueves, lo cual nos sorprendió, porque segun nuestros cálculos debía ser miércoles; no podíamos persuadir-

nos que nos habíamos equivocado de un dia, sobre todo yo, que habiendo gozado siempre de buena salud, habia marcado diariamente los dias del mes y de la semana. Despues supimos que no habia semejante error en nuestros cálculos, porque habiendo viajado siempre hácia el oeste, siguiendo el curso del sol, y habiendo regresado al mismo punto, debíamos de haber ganado veinte y cuatro horas sobre los que quedaron estacionarios.

A la tercera vez que enviamos la lancha á tierra para cargar mas provisiones, notamos que la detenian, y segun los movimientos que empezaban á hacer algunas carabelas, sospechamos que querían tambien apresar nuestra nao, lo que nos determinó á hacernos á la vela al momento. Supimos luego que el motivo de haber apresado la lancha era porque uno de los marineros que la tripulaban, habia descubierto nuestro secreto, contando todo cuanto nos pasó, y añadiendo que nuestra nao era la única de la armada de Magallanes que regresaba á Europa.

Gracias á Dios, el sábado 6 de setiembre, entramos en la bahía de San Lúcar, con solos diez y ocho hombres, la mayor parte enfermos, únicos restos de los sesenta que partimos de las islas Molucas: De los demás, unos se escaparon en la isla de Timor, otros fueron condenados á muerte por crímenes y otros perecieron de hambre.

Desde el dia que salimos de la bahía de San Lúcar hasta el de nuestro regreso, recorrimos, segun nuestros cálculos, mas de 14,460 leguas, y dado la vuelta entera al mundo, corriendo del este al oeste.

El lunes 8 de setiembre, échamos el áncora en el muelle de Sevilla é hicimos salvas de artillería.

El martes, desembarcamos todos, en camisa y descalzos, con una vela en la mano para ir á visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y la de Santa María la Antigua, para cumplir el voto que hicimos en los momentos de peligro.

Partí de Sevilla y fuí á Valladolid, adonde presenté á Su Majestad consagrada don Carlos, no oro ni plata, sino cosas mas preciosas á sus ojos. Entre otros objetos, le regalé un libro escrito por mí, en el cual indiqué, dia por dia, todo cuanto nos habia sucedido en nuestro viaje.

Dejé á Valladolid en cuanto pude, y fuí á Portugal para contarle todo al rey Juan. Despues atravesé la España y fuí á Francia á presentar á la regenta, madre de Francisco I, algunos objetos de los hemisferios que habia recorrido.

Regresé, por fin, á Italia, donde me consagré para siempre al servicio del excelentísimo é ilustrísimo señor Felipe de Villiers l'Isle Adam, gran maestro de Rodas, á quien hice igualmente la relacion de mi viaje.

(AQUÍ TERMINA LA RELACION DE PIGAFETTA.)

ESCENAS DE LA VIDA DE PROVINCIAS EN
FILIPINAS.

Juepe.

Poco antes de que amaneciera, y á favor de los últimos destellos de la luna que se ponía, podían verse muy bien desfilando por las laderas de los montes de igorotes, cubiertas á trechos de espeso arbolado, una veintena ó mas de indios contrabandistas encorbados bajo el peso de sendos fardos de tabaco. Delante de ellos, á pacos pasos de distancia, marchaba un hombre alto, delgado, flexible de coyunturas y mas claro de color que todos los demás. Este hombre no llevaba carga ninguna, pero sí sobre un pañuelo blanco, una piedra en las manos á la altura del pecho, (no sin muestras de cuidadoso respeto y casi puede decirse, veneración) de algunas libras de peso, color oscuro y figura poco mas ó menos como la de una calabaza.

Difícil cosa sería para una persona que no estuviera en antecedentes, darse razon de la especie de pito que este hombre tocaba en aquella arriesgada expedición, ni que misterio encerraba para los contrabandistas, y tal vez para él mismo, la piedra que llevaba en las manos. Nosotros por fortuna sabemos las dos cosas, y como el hombre y la piedra van á ser el asunto de esta historia, evitaremos al lector el trabajo de devanarse los sesos para averiguarlas.

Nuestro protagonista era conocido en su pueblo, no se sabe por qué, con el nombre de Juepe, flojo como un beodo para el trabajo, pero listo y despierto siempre para todo género de picardías. Lo mismo sabía hacer una farfulla al vuelo con una baraja, que cantar un *de profundis* en el novenario de un difunto, y trasconejear la vaca del vecino, como salir de testigo falso en el tribunal cuando la ocasion se presentaba. Por supuesto, su mujer lo mantenía, á cuenta de uno que otro dalág que solía llevarle los días de gallera y de una que otra paliza que le encajaba cuando no tenía cosa mejor que hacer. Ladino y fecundo en expedientes para los lances apurados, como un verdadero truchiman, se había hecho en el pueblo el amigo y consejero natural de todos los pillos, el embaucador nato de todos los tontos.

En el caso que nos ocupa, era con estos últimos que Juepe tenía que hacer: había persuadido á unos cuantos contrabandistas escarmetados, que á él no lo habían aprehendido nunca los guardas porque tenía una piedra de rayo, que llevándola en las expediciones se podía contar con tener el camino libre de tulisanes y de carabineros. Los contrabandistas no necesitaban mas, y despues de muchos dares y tomares, vinieron al fin en proponerle que los acompañara con su piedra, y que ellos le darían cuatro reales cada uno, mitad á la ida y mitad á la vuelta. Juepe aceptó, no sin hacerse de rogar, y con él y su piedra de rayo

tuvieron lugar dos ó tres expediciones felices, con lo cual el crédito del uno y de la otra llegaron á tomar proporciones inusitadas. Esta vez ya no eran unos cuantos, sino dos docenas los estraviadores que quisieron ponerse bajo su protección, y Juepe los contó muy bien uno por uno, calculando tal vez en sus adentros lo que podía valerle la parte de comiso que le tocaría si los denunciara. Debe decirse, sin embargo, en honor suyo, que si semejante tentación le pasó por la mollera, tuvo la necesaria fuerza de voluntad para desecharla.

La marcha se emprendió, pues, al día siguiente, yendo cada uno por el rumbo que mejor le parecía, y ya al otro lado de los montes, cuando todos estuvieron provistos, se buscaron, y reünidos salieron unos detrás de otros con Juepe y su piedra de rayo á la cabeza, por sendas que solo los animales del bosque conocían. Tal los hemos visto al principio de esta historia, descendiendo los últimos planos inclinados de la cordillera, próximos á entrar en términos de pueblos cristianos.

La expedición tocaba ya, pues, á su fin y desde algunos claros del bosque podía descubrirse el llano cubierto por largo trecho de un cógon muy alto, despues del cual seguían tierras labradas que concluían en los corrales de las casas de los contrabandistas; cuando, héteme aquí que al bajar por una especie de desfiladero que conducía á un arroyo, se les aparece como llovido del cielo y en la actitud del ángel exterminador, un sargento de carabineros muy grande y muy gordo, con ojos saltones espantables, blandiendo un tremendo fusil armado de su correspondiente bayoneta muy larga, y les dice:—Alto! alto! con voz estentorea que hacía estremecer las piedras del monte, apuntando al mismo tiempo á Juepe que era el primero, con lo cual enfilaba también toda la hilera de los pobres contrabandistas.

Un volcan que hubiera reventado por allí, no les hubiera producido tanta impresión: el terror les heló la sangre en las venas: tiraron instintivamente los fardos de tabaco y se dieron á correr uñas arriba á lo mas encumbrado y áspero del bosque, como hubiera hecho ni mas ni menos una bandada de monos que sorprenden los labradores robando un melonar. Juepe también tiró su piedra, que sin que él lo pudiera imaginar ni evitar, fué rodando y rebotando cuesta abajo derechita á las piernas del sargento de carabineros, haciéndole un buen desgarrón en el pantalón y otro en el pellejo; y muy feliz de que hubiera parado en esto y no le hubiera roto las dos espinillas á favor de un terno que llegó á las nuves y de una pirueta que le hubieran podido envidiar los mejores bailarines.

Durante algunos momentos, el ruido que hacían rompiendo el bosque los fugitivos se

pudo oír; pero no pasaron muchos minutos sin que el silencio se restableciera y quedaran tan solo en el lugar de la catástrofe los veinte y cuatro fardos de tabaco, como otras tantas protestas mudas contra la vergüenza que les hacían pasar los contrabandistas.

Entre tanto, al sargento, apesar de su despojeadura, no le cabía el gozo en el cuerpo: la aprehension la habia hecho él solo, sin un testigo siquiera; estaba herido y podia en su parte al comandante pintarle villas y cartillas, de donde concluía que lo menos en recompensa era muy posible que le tocara la lotería.

No podia sin embargo cargar con su presa, y era necesario pedir auxilio para sacarla de allí: su ronda no estaba lejos: hubiera podido llamarla disparando un tiro, pero no las tuvo todas consigo y prefirió volver atrás uno ó dos kilómetros en su busca.

Se alejó, pues, para esto, mas apenas se perdió de vista, Juepe, que no se habia alejado mucho por miedo á sus queridos compañeros, salió del bosque, cargó con un fardo y echó á correr en direccion distinta de la que tomaron aquellos y de la que debía traer el sargento con su ronda. Iba con su carga tan listo y desembarazado como si no le pesara dos adarnes, porque no solo habia hecho con ella su jugada, sino que esto de hacerle una trastada al sargento le causaba un regocijo que le triplicaba las fuerzas.

Pronto, sin embargo, llegó la ronda para constituirse en custodia del tabaco mientras venian, para llevárselo, polistas cargadores que se habian pedido ya de auxilio al pueblo, y pronto el sargento, á la primera mirada, reconoció que le faltaba un fardo: no le cabía duda: habia dejado veinte y cuatro, y solo encontraba veinte y tres.

Empezó segun su costumbre por echar unas cuantas medias docenas de ternos contra el pillo que se la jugaba, y despues de hacerse cargo de la situacion, eligió sin vacilar, con toda la astucia y el sentido práctico de un carabiniere veterano, la direccion justa en que el ladron habia podido huir. Tomó dos hombres de su ronda y empezó la persecucion inmediatamente.

A poco tiempo de marcha se encontró de nuevo con el arroyo, lo atrevesó y en la margen opuesta reconoció huellas recientes profundamente grabadas en la arena, sin duda de una persona que pesaba mucho mas de cinco arrobas. Al verlas no pudo reprimir su alborozo y dió ese grito que dán los salvages al descubrir la posicion de sus enemigos, un grito de guerra que concluye con una nota larguísima. Juepe lo oyó y lo comprendió: habia sido una indiscrecion del que lo perseguía: apretó el paso, salió del bosque y penetró en el cogonal. Una vez en él, siguió en línea recta por algun rato y cambió de direccion: iba al Sur y tomó al Este durante un cuarto de hora, despues de lo cual, sin-

tiéndose fatigado de la celeridad de su marcha á través del cogonal, hizo alto, depositó su carga en tierra, y se sentó sobre ella con la frescura del mundo.

El sargento, por su parte, despues de haber pasado el arroyo siguiendo la direccion que le indicaba la descubierta huella, llegó tambien al cogonal y lo penetró sin averiguar el punto por donde habria entrado el fugitivo, porque sabia que el cogon, como las profundidades del mar, se abre para dar paso á un cuerpo y se vuelve á cerrar como si tal cosa. Una vez allí, siguió derecho por el camino que le pareció mas corto para el pueblo, y despues de media hora ó tres cuartos de fatiga en abrirse paso con el fusil, salió al descampado, es decir, al punto en que concluye el cogonal y siguen las tierras labradas que circumbalan el pueblo. Tendió la vista por la llanura y no descubrió alma viviente: calculó la distancia y comprendió que era imposible que la hubiera atravesado el fugitivo con su carga al hombro: su hombre estaba por lo tanto en el cogonal, no sabia si á la derecha ó á la izquierda, pero estaba allí, y lo mejor era ocultarse y esperar á que saliera. «Si sale con el fardo, lo pesco, dijo para su capote, y si sale sin él, le emplumo una paliza y le obligo á que me lo saque.» No lejos del punto en que se hallaba, se descubría una casuca, casi puede decirse, una cobacha, que le venia de molde: se dirigió á ella con sus dos hombres y se puso en acecho.

Por su parte, Juepe echaba tambien sus cuentas: habia pasado cerca de una hora y consideró que el sargento debía haber atravesado ya el cogonal; por lo tanto cargó de nuevo con su fardo y echó á andar en direccion al pueblo. Cuando pensó que estaba cerca de las tierras labradas, lo dejó otra vez en el suelo y avanzó cuidadosamente para explorar la campaña antes de aventurarse á salir: la vió desierta y vió la cabaña con la ventanita que daba al cogonal, cerrada.... ¡Oh!.... sí, sí ¡ya te conozco, dijo: allí está el canalla!.... Pero esta congetura lo dejaba en un gran embarazo porque despues de la noche que habia pasado y de la fatiga del transporte de su tabaco, no estaba para muchas, y el hambre empezaba á hacerle cosquillas en el estómago; por consiguiente, le entraron dudas que en otras circunstancias no hubiera abrigado un instante. Si estará, si no estará.... pero mientras batallaba con estas indeseiciones, otra escena de muy diferente especie tenía lugar á su inmediacion sin que él se apercibiese. ¡Ay! que lejos estaba el pobre Juepe de imaginar entonces que habia llegado á punto de tener que pagar de una vez las duras y las maduras!

Dentro mismo del cogonal y no lejos del punto en que habia depositado el fardo, habia un árbol viejísimo en una de cuyas ramas un copioso enjambre de avejas, hacia años

que fabricaba magníficos panales. Pasó un gavián, de los de la especie mas grande, y se apercibió: no fué menester mas: volvió atrás describiendo en su vuelo un círculo completo, se lanzó á la colmena, la desgarró y se llevó entre las uñas una soberbia tajada de cera y miel. Las avejas furiosas salieron en multitudes contra el agresor, que habia desaparecido ya, vieron á Juepe y tomando el rábano por las hojas, se tiraron á él.

Juepe se sintió picar de repente por todos lados y no era todavia mas que la vanguardia del enjambre la que lo atacaba. Lo primero que le ocurrió fué volver á su conocido asilo del cogonal, pero apenas entró en él, vió que la nube entera lo invadía y no tuvo mas arbitrio que retroceder y correr como un desesperado por la orilla del cogon, para no lanzarse á la llanura y que pudiera descubrirlo el sargento: diligencia inútil; las avejas lo seguian y lo acosaban: halló á su paso una sementera en que habia quedado un resto de agua de las pasadas lluvias, ó mejor dicho, un resto de lodo en que se bañaban los carabaos, y no vaciló, se metió en ella, mas como no podia meter la cabeza en el lodo, las avejas lo santiguaban á su gusto; tuvo que salir muy pronto y ya fuera de tiento y casi sin saber lo que se pescaba, corrió desatinado al único punto de salvacion que le quedaba: á la sospechosa cobacha que tanto le habia dado que pensar pocos momentos antes.

Allí lo esperaba el sargento que hacia rato lo observaba, entendiendo por los saltos, las manotadas y las extravagancias que hacia Juepe, que se trataba de un loco, no pudiendo distinguir las avejas á la distancia en que estaba; pero á penas el pobre Juepe se presentó á descubierto, no se le despintó. ¡Ah pillo, dijo, ni loco, ni cuerdo, ni aun que te pintes de mico, me has de engañar! Tu fuites el que me tiró la piedra! ¡Ahora veremos donde has metido el fardo; y las manos se le consumian de gusto viendo como venía el pobre diablo de su propia voluntad á meterse en la ratonera.—Entra en esto Juepe despavorido, y se le echan encima los tres carabineros; pero detrás de Juepe entra la cabeza de la columna de las vengativas avejas, y aquello se convirtió en la tribulacion de las tribulaciones; votos y rayos, y centellas del sargento, gritos de los guardas, saltos, patadas y bofetones al aire de los cuatro desdichados que ocupaban aquel reducido recinto: ya los carabineros no querian mas prender á Juepe: al contrario, querian echarlo y lo rempujaban entendiendo que era el que les llevaba la pista; pero la cobacha se inundaba cada vez mas de avejas y vino la vez á los Carabineros de tener que salir pitando de allí. Con la priesa ni se acordaron siquiera de los fusiles, y se los dejaron con las cartucheras y los morriones. Iban que el diablo se los llevaba, y detrás de ellos, como una larguísima culebra

que se desarrollaba en el aire, la tremenda falange de sus perseguidoras.

El pobre Juepe quedó solo al fin, y reuniendo el poco instinto que le quedaba, cerró la puerta de la cobacha, se encasquetó hasta el pescuezo el morrion del Sargento, y con las manos metidas bajo los sobacos se acurrucó en un rincon. Las avejas que habian quedado en la oscuridad se fueron saliendo por las rendijas en que veían luz; y cuando mas tarde vinieron gentes á buscar los chismes de los carabineros, ya todo estaba tranquilo, y encontraron al pobre Juepe todavia en su rincon con calentura y sin poder dar cuenta de su persona. El sargento y los dos guardas estaban en el pueblo tambien acalenturados y con las caras llenas de tolondrones.

Nuestro protagonista fué el que estuvo peor. El Padre Cura que era un bendito fué á verlo y á exortarlo á que cambiara de vida, pues por el camino que seguía podia ser muy probable que acabara porque se lo llevara el diablo. Y era cosa de ver la humildad y la confusion con que el pobre Juepe recibía estos consejos; pero la verdad es que, en cuanto se puso bueno, lo primero que hizo fué ir una tarde á boca de noche en busca de su fardo de tabaco, haciendo ya por el camino muchos castillos en el aire. Llegó al sitio y ¡oh dolor! el fardo no estaba allí: el tuno del sargento habia conseguido recuperarlo.

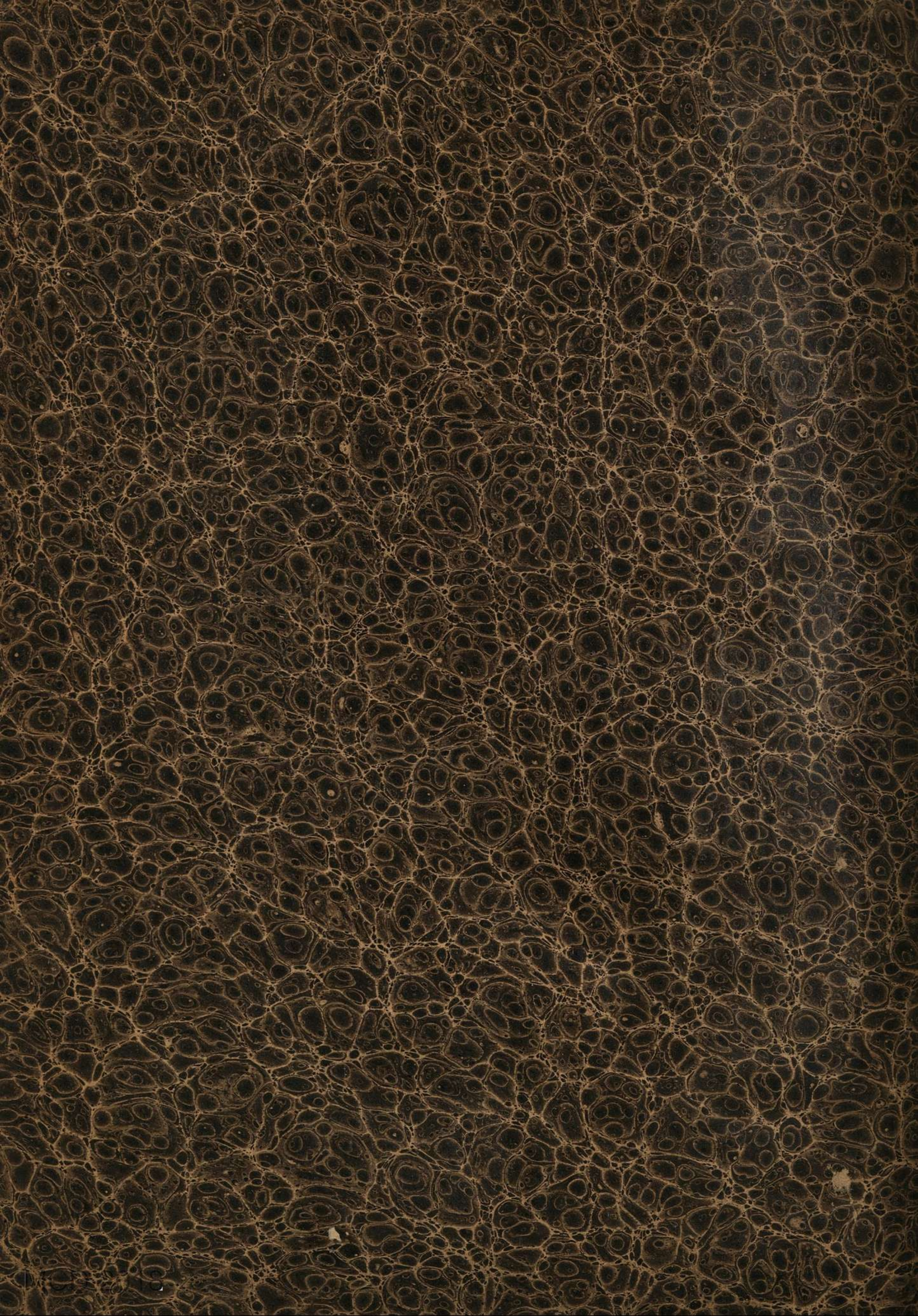
Entonces fué que el desventurado se consideró positivamente perdido: no tenía un cuarto con que emprender alguna compañía en la gallera y restablecer su crédito; estaba enemistado con sus antiguos compañeros, y el resguardo lo perseguía: no le quedaba, pues, otro recurso que el de los bribones desesperados, es decir, hacerse hombre de bien: estuvo cabilando mucho tiempo sobre el oficio que debia tomar, y al fin se decidió por dejar buenamente que la muger lo siguiera manteniendo.

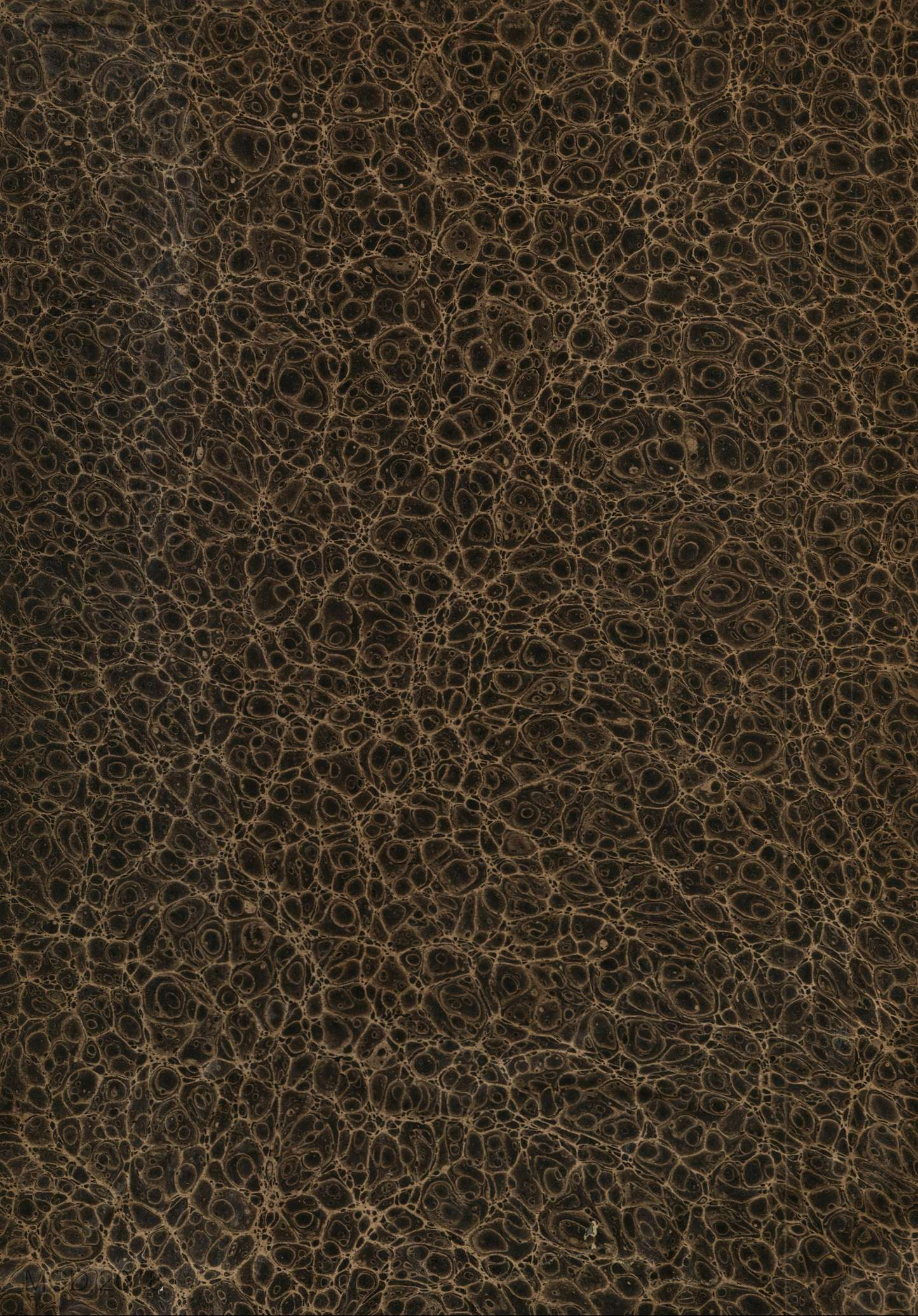
El Padre que desde su visita no lo perdía de vista, pasado algun tiempo dijo un domingo al Gobernadorcillo:—Capitan, qué podríamos hacer para darle ocupacion á Juepe en que pudiera buscarse honradamente la vida?—Ay Padre, dijo el Gobernadorcillo, si ese hombre es un pillastron.—Un pillastron? pues hombre, yo he oido decir precisamente que á los alguaciles les viene de molde algo de pillería.

El año siguiente, Juepe era en efecto corchete del Tribunal de su pueblo, y por cierto que los requerimientos y los embargos y las capturas de los vagabundos andaban al pelo: habia dado con su verdadera vocacion sin saber como. Lo que no hemos podido averiguar nosotros és si en su nuevo oficio se dejó crecer las uñas, como se las dejaban crecer los infinitos alguaciles que nuestro cáustico y espiritual Quevedo dijo haber visto en los profundos infiernos.

J. B.







008